



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

El pordiosero del lugar.—La estrella de la vida; poesía.
—La flor de las ruinas.—Constancia; poesía.—Los bienaventurados.—Modas.—Esplicacion del pliego de dibujos.—Esplicacion del figurin.

EL PORDIOSERO DEL LUGAR.

(Continuacion.)

Con unas pocas papas y maiz, nos hace su mercé reyes, y en nada aminora su caudal; pues si para agosto no nos morimos, pagaremos, y nada ha sucedido; y á más de darle su dinero, ganará en bendiciones, lo que ahora veo pierde en paciencia mientras nos escucha. Que la gloria es de los pacienczudos, señor.

—;En verdad, que no sé cómo he tenido tolerancia para oír á Vds. tanto tiempo!

Abusan de mi paciencia; porque soy demasiado bueno.

¿Quién me responde á mí de la vida de todos

Vds. para aventurar mis intereses de ese modo?

Váyanse á la calle y no den lugar á que me incomode y tenga que llamar á mis criados para que desalojen mi casa.

—;Con que es decir, que es Vd. el rico avariento que mira á sangre fría nuestro dolor y los gritos y lamentos de estas criaturas inocentes?

—;Eh! ¡Malhaya vuestra bulla de casaros y tener hijos para aumentar las plagas y las miserias de la vida!

¿Qué tengo yo que ver con que vosotras os empeñeis en traer al mundo esa langosta insufrible, para no tener luego con que tapanles la boca, ni las carnes siquiera?

¡Por vida de... que vais agotando mi sufrimiento y llamaré al Sr. Alcalde para que os haga saber el castigo que merece, quien sin miramiento de ninguna especie allana la casa de un vecino honrado!

—;Con que es decir que nos echais, señor? ¿Que nos vais á dejar perecer? ¿Que dentro de pocos dias verá su mercé el cementerio lleno de

criaturas, que puede salvar si quiere, á tan poca costa?

—¡No tengo, me es imposible! He llevado hace pocos días los últimos dineros que me quedaban á la ciudad, y en cuanto á las papas y el maiz, ya no quedan en casa más que las que sirven para mantener los mozos.

—¡Señor! ¡señor!—dijo una infeliz, que arrinconada detrás de sus compañeras lloraba en silencio, oprimiendo en sus brazos un niño precioso como un ángel,—dadme por Dios socorro, y mi marido le trabajará á su mercé por medio real menos que otros años.

—¡Vean Vds! Catalina se pone en razon;—dijo el usurero abriendo los ojos desmesuradamente.—Cuando las criaturas se plantan en medio del camino verdadero, hay que hacer algo por ellas y compadecerlas como merecen.

—¡Catalina! ¿Estás loca?—dijo la que hasta entonces habia llevado la palabra.—¿Con qué conciencia vas á hacer ese mal tercio á nuestros maridos?

—¡Ya!—dijo otra.—Como á ella le manda su madre todos los años desde Vélez-Rubio lo que ha de consumir el verano, ¿qué miedo tiene de que le quiten parte del jornal?

—No permitimos esa infamia,—contestó una preciosa morena de ojos negros y vivos, con la sangre hirviente y ligera en el decir como buena andaluza. ¡Caramba, antes me dejaria hacer cada pedacito tamaño como una almendra, que permitir esa herejía! ¿Estamos entre moros ó entre cristianos? Sr. Damian, vamos á cuentas. Si Vd. nos deja morir de hambre este invierno, busque Vd. en el verano quien trabaje. Más caro le ha de salir traer la gente de otro pueblo; y yo se lo juro á su mercé por estas que son cruces; no le ha de venir derecho nada, ni ha de prosperar la sementera; se han de poner negras como el tizon las viñas, y se han de secar los olivos, que el que no tiene caridad, ni Dios ni el diablo le ayuda. Vd. ha llamado nube de langosta á nuestros hijos; pues Dios ha de permitir que venga una bandada de ella sobre los trigos, y sean una sierra cortante de la Providencia que los siegue todos. ¡Caramba, que tiene Vd. la conciencia y la voluntad más negra que las alas de los cuervos! ¡Ea, muchachas, vámonos! Si Catalina quiere hacer ese trato

con el señor porque es más rica que nosotras, hágalo en buen hora, que para morirnos de hambre no necesitamos venir á escuchar insultos ni ver malas caras. Deténgase su mercé y no llame los criados, que iremos saliendo una á una sin llevarnos nada de su casa, sino la pena de ver que su salvacion no es segura.

—¡Insolente!—respondió D. Damian amenazando á la ofendida mujer.

—¡Eso no, caramba! que mi marido con ser mi marido no me ha tocado á mí al pelito de la ropa, que á la mujer honraa que con su obligacion cumple, no hay por qué ponerle las manos encima. ¡Jesus, Jesus! el hambre no habia logrado trastornarme, y esa amenaza, hasta vizca me ha puesto.

—¡Calla, Frasquita! Tu imprudencia nos vá á salir cara;—le dijo una por lo bajo pellizcándole el brazo derecho.

—¡Qué quieres, hija! Yo no soy de pasta de almendras, ni puedo ver infamias sin cantar como un loro. ¡Así supiera que mis muchachos, mi marido y yo nos moríamos de repente!..

—De repente no; de hambre sí será,—contestó otra mirando sus hijos desolada y derramando un llanto amargo y silencioso.—¡Mira, mira! ya empieza hoy el nevazo; cada copo parece un ovillo de hilo. ¡Dios mio, Dios mio! ¿Qué vá á ser de nosotras y de estas criaturas inocentes? ¡Mira, mira qué modo de nevar! ¡Y sin pan, y sin lumbre y sin poder buscarla! ¡Qué horror, Dios mio, qué horror! ¡Tened misericordia de estas aflijidas madres! ¿A qué volver á nuestras casas? ¡Vámonos, vámonos todas á la Sierra! Allí es más intenso el frio; allí concluiremos más pronto; esta agonía es peor mil veces que la muerte; pues que no hay caridad en el mundo, vamos á los montes; y allí, hincadas de rodillas, le pediremos á Dios una pronta muerte ó el consuelo que necesitamos.

—¡Vamos, vamos á la Sierra!—contestó Frasquita, que á pesar de su energía, derramaba cada lágrima como un puño.

Los niños empezaron á llorar á imitacion de sus madres; y en medio de aquel duelo y afliccion, comenzaron á desfilar buscando la puerta.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

LA ESTRELLA DE LA VIDA.

Cuando apenado el corazon del hombre
 Por una fuerza irresistible, estraña,
 No encuentra lo que anhela su deseo,
 No halla en la tierra lo que vé su alma,
 Alza la vista con dolor al caos
 Y entre las nubes que en la esfera vagan
 Busca la estrella de su triste vida
 Para sentir de nuevo la esperanza.

Lanza suspiros que naciendo mueren
 Envueltos por el céfiro en las alas;
 Pero que son emanaciones puras
 Que llegan del Señor ante las plantas.

¿Qué busca el hombre cuando así suspira?
 ¿Por qué camina, reflexiona y calla,
 É internado en el bosque silencioso
 Huye del mundo la engañosa zambra?

Es que padece, y su dolor es solo
 Como el lirio que nace en la montaña
 Á espaldas del castillo feudatario
 Que torna en ruinas su grandeza infausta.

Esos momentos de dolor sublime,
 Solo sentidos de las grandes almas,
 Son del cielo y la tierra fiel conjunto,
 Misterio santo que el mortal no alcanza.

Solo sigue su estrella cuando siente,
 Cuando reza, medita, sufre y calla,
 Y la busca apenado con delirio
 Cuando el amor su corazon embarga.

Que una estrella, sin duda, es la que luce
 Para dos corazones y dos almas,
 Que andan errantes por el ancho mundo
 Hasta que al fin con su pasión se hallan.

Peregrinos amantes que sufrían
 Como el marino que perdió su lancha
 Ó el prisionero que suspira triste
 Oyendo el centinela en la muralla.

¿Qué es la vida, Señor, sin esa estrella
 Que ilumina la senda de luz clara,
 Como el dorado sol que con sus rayos
 Le dá vida á las flores y á las plantas?

Es un caos horrible y tenebroso,
 Un mundo sin colores y sin auras....
 Que es el amor la estrella de la vida,
 Y sin amor, sin luz, no existe nada.

ROGELIA LEON.

LA FLOR DE LAS RUINAS,

RELACION DE UN SUCEDIDO,

POR FERNAN CABALLERO

(Continuacion.)

CAPÍTULO IV.

Por aquel tiempo había en la parte alta de Lisboa, un barrio que destruyó el terremoto de 1755, y que no había sido reedificado. Formaba anchas calles de ruinas sin belleza ni prestigio, decrepitas sin recuerdos, viejas sin nobleza, restos sin antecedentes y sin la solemne calma de la muerte, como los tienen las ruinas que hace el tiempo, teniendo aquellas el repulsivo sello de la destrucción, como las que hace el hombre ó produce un cataclismo.

Alzábanse aún trozos de paredes con los huecos que tuvieron; pero los unos despojados de sus vidrieras y celosías, parecían ojos sin párpados, y los otros privados de sus puertas, parecían entradas de cuevas. Los patios y las habitaciones en alberca y rellenos de escombros, mostraban por sola gala alguna discolta ortiga ó algun silencioso lagarto, que vestía del color de las piedras para no ser apercibido. Un débil eco respondía desde algun lóbrego pasadizo, con exhausta é indistinta voz á las melancólicas reflexiones que infundían y hacían formular al que las pisaba, aquella aglomeración de cosas finadas. ¡Nada quedaba de lo que les diera vida! Con sus moradores habían desaparecido las bellezas, los adornos y las comodidades, con que aun la más modesta existencia suaviza su domicilio, como los pájaros sus nidos con plumas y musgo. Nada podía verse que fuese más antipático á la vista y al sentir que aquellas filas de aglomeradas y desnudas ruinas, que parecían la residencia del misterio absoluto, la mansion del crimen impune, y el refugio de la desolación solitaria.

Verdad es que al pié de la altura en que se hallaban, estaba el magnífico paseo en el que entre mirtos y laureles, paseaba la elegante muchedumbre. Verdad es que algo más lejos, y á orillas del Tajo, corrían presurosos por las soberbias plazas, el comercio y la vida. ¡Pero estaban separados de los tristes vestigios de la gran catástrofe, por lo que desune y aparta más

que la distancia, que es el abandono; por lo que anonada y destruye más que la muerte, que es el olvido!

No obstante, ¿dónde habrá lugar en que no se encuentre la vida, cuando hasta en la caja en que se encierra un cadáver y es sepultado, en las entrañas de la tierra, renace?

Así era que, aun entre aquellos desamparados y lóbregos esqueletos de los que fueron edificios, se había instalado alguno que otro de esos párias voluntarios, que viven aislados, porque ese aislamiento que se compadece, á ellos les simpatiza ó les conviene.

Una techumbre de anéas, un pedazo de estera colgado ante los huecos de las ventanas, algunas malas tablas unidas unas á otras por la parte alta, y por la parte baja por barrotes, y cerradas por el interior con una tranca formando puerta, eran los reparos hechos para hacer habitables parte de aquellas ruinas. En lo que habían sido habitaciones interiores y en los patios y corrales, se veían algunos cerdos arrellanarse como sibaritas sobre camas de inamovibles inmundicias, y algun gallo flaco subido en lo más elevado de los amontonados escombros, cacareando con la arrogancia que gastar pudiera aquel guerrador que hubiese tenido la infáusta gloria de haberlos hecho.

¿Cuál no sería, pues, el espanto de Pedro, cuando precedido de su guía llegó á ese lugar de desolacion, que fué al que lo condujo, y cuando empujando una de las descritas puertas, le introdujo en uno de aquellos ántros, lóbregos y miserables!

—¿A dónde me conduces? — exclamó Pedro con horror, deteniéndose á la entrada.

—¿No te lo decia yo? — respondió ella con abatimiento; — ¿no te lo decia, que las ruinas despojarían á la flor de su prestigio?

—Pero, — exclamó Pedro, — ¿por qué no me has confiado la manera miserable en que vivias? ¿Por qué con inconcebible estrañamiento y orgullo has rehusado los socorros del hombre que te amaba?

—No podía admitirlos, en vista de que no puedo variar en un ápice mi existencia.

—¿Por qué?

(Se continuará.)

CONSTANCIA.

Mil veces al rey del día
Salir por oriente ví,
Mil veces, huérfana mía,
Sintiendo el alma por tí.

Si miro á la llama creo
Que brillan tus lábios rojos,
Si miro al cielo, que veo
El puro azul de tus ojos.

Me recuerda el sol dorado
Tu cabellera esplendente,
Hallo en el campo nevado
La palidez de tu frente.

Veo tu talle en la palma,
Tu voz oigo en el laud,
Creo que nombran tu alma
Cuando nombran la virtud.

Ya con deleite profundo,
Ya con profundo dolor,
Es mi existencia en el mundo
Una existencia de amor.

¡Y es el amor rica prenda
Que nos arrastra hácia el bien!
¡Por una florida senda
Que nos conduce al Edén!

Mas no el amor material
Que roba salud y calma,
Sino el amor celestial
Que tiene el templo en el alma.

Pregunto al mundo: «¿Has amado?
¿Conoces esa afeccion?»
Y me contesta enojado:
«No hay pecho sin corazon.»

Delicia de amores goza
En su palacio el monarca,
El campesino en su choza,
El pescador en su barca.

Hasta la cruda serpiente
Y el buitre devorador

terrible. Alejo temblaba como la hoja en el árbol.

—¡Ah! ¡ah!—esclamó el general con voz sorda.—¡La mano de mi hija!... Viene Vd. á pedirme la mano de mi hija.

—La mano de Laura;—contestó Juan tranquilamente.—¿Qué tiene de extraño?

—Nada... nada,—replicó el general lanzando centellas por los ojos.

—Ella y mi amigo se aman... lo natural es que se casen...

—Sí, ¿eh?

—Vaya... en vez de un hijo tendrá Vd. dos.

—Bueno.

—Lejos de ser árida y desolada su vejez, se verá rodeado de criaturas agradecidas que mitigarán sus dolencias con su cariño.

—De criaturas... me hace gracia.

—Pues sí... no solo tendrá á su lado á sus hijos, sino á los hijos de sus hijos... Pobres angelitos... será Vd. el hombre más feliz de la tierra.

—Ya lo creo... rodeado de chiquillos...

—La vejez es una segunda infancia, y nada es tan grato para el anciano como descubrir en todas partes la sonrisa de un niño.

El general no replicó.

Tenia el ceño horrorosamente fruncido, y se mordía su bigote gris con una calma imponderable.

Alejo seguía temblando: Juan conservaba el aire más natural del mundo.

Por fin rompió el silencio el general.

—Jóven,—esclamó;—todo lo que Vd. me ha dicho es muy bueno, tiene una poesía encantadora: pero ¡voto á mil de á caballo!... se ha quedado Vd. en el tintero lo principal.

—Veamos.

—Su amigo será un grande hombre, un hábil cazador de gatos, y un excelente individuo de la Academia de Poco-pan; pero Laura es hija de un teniente general, senador del reino y grande de España de primera clase... Ya vé Vd. que la diferencia es enorme.

—¿Por qué?

—Mil truenos... ¿y Vd. me lo pregunta?

—Señor general,—esclamó Tenaza con serenidad imperturbable;—Vd. sabe que el gran Napoleon fué en sus principios un pobre mu-

chacho del pueblo: pasó el tiempo y creció aquel pensamiento: más tarde tomó aquella cabeza la talla del gigante, y su voluntad logró llenar los ámbitos del mundo. ¿Quién dice que mi amigo no pueda hacer otro tanto?

El argumento de Tenaza llegó tan á lo vivo al bueno de D. Tomás, que por un instante creyeron que iba á ceder. El había sido tambien un hombre de oscuro linaje y se había elevado por sus merecimientos. No podía Tenaza haber ideado argumento más convincente.

Sin embargo, nada respondió.

Alejo se acercó á Juan y le dijo muy quedo:

—Vámonos... mira que va á estallar la tormenta.

—Quietecito, hijo, quietecito,—respondió el intrépido alumno de Esculapio.—Este hombre es bueno... y ya conozco la cuerda que hay que tocar... Tú verás como afino.

El general levantó la cabeza bruscamente y esclamó:

—No puede ser que el señor ame á mi hija... no puede ser.

—¡Oh! en cuanto á eso,—replicó Tenaza,—puedo asegurar á Vd. que está brutalmente enamorado... y por cierto que no le han movido á quererla sus riquezas ni su posicion... sino su hermosura, su mérito personal.

—¡Su mérito!... este hombre está loco.

—Ya, ya... mi amigo es un pobre de espíritu.

—Pero, señor tuno,—gritó el general sin poderse contener:—¿cómo ha de amar el señor á mi hija, si está enferma por desgracia, si no la debe conocer siquiera?...

Juan Tenaza se sonrió de una manera burlona.

—Vaya si la conoce,—dijo;—preste Vd. su consentimiento y....

No pudo acabar, la cólera del general llegó á su colmo, descargó un tremendo puñetazo sobre el velador que tenia delante y esclamó sordamente:

—Estos bribones se están burlando de mí.... ahora lo veremos.

Y tomando el cordon de la campanilla llamó.

El viejo asistente se presentó como una sombra en el dintel de la puerta;

—Hola, gandul,—esclamó el general,—tráeme un palo.

Juan y Alejo comprendieron la fuerza de aquel argumento y se precipitaron hácia la puerta.

—Esperad... esperad un poco,—gritó D. Tomás.—¿Dónde vais tan aprisa, grandísimos pícaros?

Tenaza se volvió desde el dintel y contestó con la mayor sangre fría :

—Hemos venido de paz y Vd. nos ha declarado la guerra..... Tanto peor, general: será Vd. vencido por primera vez.

Y acabado esto tomaron el tole.

D. Tomás lanzó un rujido de ira: como la gota le impedía moverse, los habia dejado marchar sin aplicarles una buena paliza.

(Se concluirá.)

MODAS.

Correo de señoritas.

Al temporal de lluvias que hemos pasado, han sucedido unos días agradables y serenos, con una temperatura magnífica que permite á nuestras elegantes lucir sus preciosos trajes en la Castellana y en el Retiro.

En el figurin que hoy repartimos encontrarán dos lindos modelos; además vamos á describir otro no menos elegante y caprichoso.

Es un traje veneciano, de seda, color de pensamiento. El bajo de la falda está guarnecido de picos de terciopelo que se entrecubren como una segunda falda. Los picos están fijos por algunos botones. Cuerpo redondo, rodeado de una cinta de terciopelo. Mangas pequeñas, estrechas, unidas al cuerpo por tiras de terciopelo en consonancia con la disposición de la falda.

Pasemos á ocuparnos de trajes de niños. Los hemos visto lindísimos en algunas de las acreditadas casas de esta córte. Uno para niño de dos años de cachemira gris, guarnecido de una larga banda de terciopelo escocés, cinturón de lo mismo formando punta por delante. Mangas de codo, forradas de seda blanca y adornadas en igual género. Una pequeña pelerina de la misma tela y adorno completa el traje, al que debe añadirse un sombrero de terciopelo ne-

gro ribeteado de escocés, con plumas formando juego con los colores del vestido.

Otro traje para niña, compuesto de falda de cachemira, un color solo, rodeado por un bias de tafetán, y anchas tiras de pasamanería que ván colocadas de distancia en distancia. Cuerpo de moiré, del color de la falda, con aldeta detrás y puntas delante en figura de chaleco. Mangas de codo. Rotonda de paño gris, ó de terciopelo azul, guarnecida de una pasamanería sencilla.

Nuestras lectoras recordarán lo que hemos dicho sobre los sombreros de señora: vá generalizándose la nueva forma, á la que se une una redcilla que deja al peinado todo su desarrollo.

Varian infinitamente los adornos; pero será fácil formarse una idea siguiendo nuestras descripciones.

Primera, una capota de raso hoja de rosa, con redcilla. El bavolet es diferente y se remonta en dos puntas hasta el medio del casquete, formando un pequeño fondo al borde del cual se coloca un encaje negro. El bavolet que sube en dos puntas es de solo un pedazo, y está sostenido con botones de azabache que forman la separación de las puntas. Sobre el lado izquierdo se prende un penacho de cinta rosa, las bridas son de la misma cinta. El interior vá guarnecido de blonda blanca y de un lindo lazo de raso rosa rodeado de yerbecitas negras.

Un segundo sombrero María Antoinete, es de terciopelo, copa lisa. El ala es tendida, adornando el borde con tül de Malinas plegado. En lo alto del ala hay una flor, acácia muy linda del mismo color que el terciopelo, estando dispuesta de manera que adorna el sombrero interior y exteriormente. Al borde del casquete hay un encaje negro, que forma concha á cada lado terminando en punta sobre el bavolet. Bidas del mismo color.

Otro sombrero de terciopelo rosa, forma Dubarry. Estendido, tomando el bavolet una disposición muy nueva. Se hace con dos gruesos pliegues y se termina en punta. Este género desembaraza la forma del sombrero y lo hace infinitamente más gracioso. Un pequeño nudo de tela se coloca entre el bavolet y el casquete. Una pluma de avestruz, de la cual las estremidades son marabouts, viene á ondular alrede-

dor del ala volviendo á caer sobre el lado izquierdo donde una blonda nueva sigue la ondulacion de la pluma. Interior de tül y cintas, con follaje y gotas de aguas. Dobles bridas, las unas rosa y las otras blonda.

Vamos á terminar haciendo la descripcion de un nuevo adorno de cabeza.

Es un prendido circasiano de mucha distincion, se compone de muchos pliegues de terciopelo encarnado, de donde caen lirios ó más bien narcisos dorados. Pequeñas bandas de terciopelo negro rodeadas de un galon de oro están colocadas detrás, donde se cruzan cubriendo la cabeza por encima y viniendo á perderse en un lazo de terciopelo encarnado que se coloca á la estremidad del adorno.

Hemos visto otros muchos deliciosos prendidos; pero faltándonos hoy espacio para ocuparnos de ellos, lo aplazamos para una de nuestras próximas revistas, toda vez que aún no se abren los elegantes salones de nuestra sociedad madrileña.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS.

PRIMER LADO.—BORDADOS.

Números 1 y 2. Juego de cuello y puños en muselina á plieguecitos, bordado á plumetis y guarnecido de valencienne.

Núms. 3 y 4. Otro juego de cuello y puños á feston relleno sobre muselina doble.

Núms. 5 y 6. Otro en aplicacion de muselina sobre tül de Bruselas.

Núms. 7 y 8. Otro en batista, bordado con algodón blanco y negro.

Núm. 9. Cuello aldeano para niño, compuesto de tres órdenes de feston.

Núms. 10 y 11. Esquina para pañuelo, bordado sobre batista á plumetis, feston y punto de rosa.

Núms. 12 y 13. Otra punta de pañuelo con su escudo bordada á plumetis y punto de armas.

Núms. 14 y 15. Otra á plumetis.

Núm. 16. Entredós para peinador, ó pantalón de niños.

Núm. 17. Esquina para sábanas ú otros usos.

Núm. 18. Modelo de una redcilla para señora.

Núm. 19. Modelo de peinado.

Núm. 20. Modelo de una enagua de color,

guarnecida de un rizado al borde, seis cintas de terciopelo y un soutaché.

Núm. 21. Modelo de un babero para niño.

Núm. 22. Modelo de una bota para señora.

Núm. 23. Chaquetilla torera con chaleco del mismo color; rodea los contornos un soutaché.

Núms. 24 y 25. Cuellos y mangas de muselina con entredós y terciopelitos.

Núms. 26 y 27. Otro juego de cuello y mangas en muselina con bullones y entredós guarnecido de valencienne.

Núm. 28. Entredós.

Núm. 29. Modelo de un lazo para corbata.

Núms. 30 á 41. Cifras y nombres.

SEGUNDO LADO.—PATRONES.

Representa un cuerpo de vestido para señora. Se compone de:

1. Un delantero con punta figurando chaleco y bolsillos.
2. Espalda con aldeta postillon.
3. Un costadillo.
4. Manga de codo.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

1.^a figura.—Traje de tafetán escocés (género Pekin) guarnecido de ancha franja de felpilla igual. Cuerpo alto, talle redondo, con gran cinturón de la misma tela terminado por igual franja. Mangas ajustadas, abiertas por abajo con tres vueltas de un fleco estrecho de felpilla, colocadas de modo que remontan hácia el codo, Jockeys iguales. Cuello y mangas de encaje. Gorra de blonda, con barbas descendentes y media guirnalda en la frente.

2.^a figura.—Vestido de faye azul mejicano y pardessú igual. Guarnicion de tafetán blanco rayado en bieses con tafetán azul. El pardessú no es ajustado; las mangas semi-anchas y guarnecidas en el bajo. Cuello y mangas bordadas, sombrero de crespon blanco, guarnecido de blonda sobre trasparente rosa; mazorca de rosas con hojas verdes esmaltadas de gotas de agua, colocada hácia el lado izquierdo del copete interior en conexion. Bridas de tafetán blanco.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1863.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretill de los Consejos, 3, principal.